

¿verdes? ¿azules? ¡Quién sabe,  
si ciegan a quien pretende  
a su color asomarse!—,  
y tus ojos, taladrando  
la azul pizarra del aire.  
¡Ay, muchacha, ¿por qué estudias,  
siendo tanto lo que sabes?...

Tu profesor yo, ¿de qué?  
¡Si pudiera yo enseñarte  
lo que me dicen los libros  
cuando te tengo delante!..

No vengas a mí, te ruego,  
sí es que no quieres gozarte  
con ver ante ti «suspense»  
a quien ha de examinarte

No vengas a mí. Me basta  
conservar así tu imagen:  
yéndote, perfil de luz,  
por el cristal de la tarde,  
clavando, al batir de palmas,  
golondrinas en el aire.

CÁSTULO CARRASCO

## Alterum non laedere

**S**EMPRE fui más aficionado a elegir para mis escritos, asuntos intrascendentes y aparentemente banales, que aquellos otros que por su profundidad e importancia exigen madurado estudio y mayor tiempo si han de merecer la pena de comunicarlos al lector y no quedar inéditos, como debieran muchos de los que a la continua ven la luz en periódicos, revistas y programas de Radio.

A tal punto es esto cierto, que en una ocasión, recibí una advertencia cariñosa de un admirado y querido compañero de profesión, que a raíz de una actuación conjunta en Estrados, me censuraba no haber profundizado en la materia debatida hasta agotar el tema como el asunto merecía, y yo —según su bondad— podía haber hecho.

Mis pocos años, motivaron un ligero *escozor* en mi epidermis profesional, y contesté al compañero, que no extrañara el caso, ya que yo, por merced de la Providencia, estaba mucho menos obligado que él, a profundizar en las cuestiones de toda índole y él, en cambio, sí, pues disfrutaba de un apellido definitivamente onomatopéyico: con esta treta, yo quedé libre de picores en la vanidad y para colmo de ventura y evitación de posibles remordimientos, el encartado en la causa salió absuelto.

Con mil perdones por esta digresión de carácter personal, pero que justifica y refrenda mi modo de pensar en materia de trabajos para el público, entremos en el asunto, como diría cualquier conferenciante profundo.

La lectura en la Prensa de dos resoluciones de Tribunales italianos en asuntos de resonancia, y la comedia de gran éxito en los escenarios madrileños, que se mantiene de actualidad hace ya meses, y que se titula *El Proceso de Mary Dugan*, me llevaron a tomar como tema de estos renglones, un ligero comentario sobre el modo de considerar en diversas latitudes, la relación entre los ciudadanos y el Poder Público y de resolver jurídicamente en el orden administrativo sus transgresiones y antinomias.

En la comedia citada, cuyo autor norteamericano no recuerdo, ni hace al propósito, y que ha traducido bastante bien al español, Montero Alonso, se juzga ante un Tribunal de Jurados en Nueva York a una señora casada a quien abandonó su esposo y que situada en el mundo a causa de ese abandono, en situación económica difícil y al cuidado de un hermano pequeño—ocho años—elige para sacar adelante al infante y proporcionarle una carrera, la de derecho, medios de vivir que no conjugan con la ética más elemental y que en nuestro modo de pensar no tienen fácil excusa, entre gentes



de buena conciencia, como reza el catecismo. Uno de los protectores de la protagonista, es víctima de un asesinato: el hermano de la presunta culpable, defiende a ésta ante el Jurado, interviniendo en Estrados por primera vez en esta causa, y después de incidentes más entretenidos que verosímiles, se llega a la absolución de la encartada al paso que se descubre al verdadero culpable. Es una situación ingeniosa y buscada por el autor, con indudable fortuna, el descubrimiento del autor del asesinato que resulta ser el letrado que Mary Dugan eligió primeramente y al que sustituyó, en el curso de la vista por su propio hermano.

Pero no es el argumento, ni el resultado del proceso que le sirve de trama y desenlace, lo que me llevó a ocuparme en este asunto, para mis lectores: esta labor de crítica, ha tenido varios y excelentes cultivadores en el drama y no iba yo al cabo del tiempo de su estreno, a exponer un juicio más, acerca de su valer literario e interpretativo.

Sobre lo que yo quiero, modestamente discurrir, es sobre el sistema o modo de proceder, de los Tribunales norteamericanos para la retribución del derecho transgredido, en comparación con los métodos legales españoles para idéntica función; partiendo desde luego, de la base de que lo expuesto y desarrollado en la comedia, sea trasunto fiel de lo que normalmente ocurre en tal país fuera de la farsa escénica.

Sabido es, sin grandes conocimientos en materia de legislación comparada, que las leyes orgánicas en los Estados Unidos, difieren, mucho de las nuestras; las adjetivas o procesales también son fundamentalmente distintas, puesto que entre otras cosas por ejemplo, el letrado norteamericano, no ha menester y por tanto no lo tiene, título oficial en virtud del cual ejerza su profesión; bástale con hacer sus estudios de modo privado y actuar como en cualquier otra industria, pagando sus gabelas y tributos al Gobierno: de igual manera, la función notarial no tiene la eficacia ni solemnidad que en nuestra patria, y hasta la judicial es distinta del todo, ya que el funcionario que preside y dirige los debates, puede carecer del carácter de letrado y es designado en todo caso, por el Gobierno. El Tribunal del Jurado, es el competente en lo civil como en lo criminal, de cuyos fallos se puede recurrir a más alto Tribunal. En realidad, pues, en los procesos, el personaje más importante es el fiscal, al que se le exige carácter de letrado y es quien instruye las diligencias y quien acusa en el juicio oral ante el Tribunal popular.

Estas antinomias, según algunos tratadistas, son debidas al carácter americano más ingenuo y más respetuoso con las leyes y menos levantisco, que el de los pueblos latinos. No participo de esas opiniones y lo dejo a mi juicio, en una idiosincrasia más infantil y menos depurada y a ello atribuyo que sus debates, las más veces, no son discusiones sino disputas en las que suelen mezclarse los espectadores con merma de la seriedad usada entre nosotros en trances parecidos.

Entre todas, la más extraña de las normas jurídicas, consiste en

tomar juramento al encartado por muy grave que sea su delito (en el drama de mi ejemplo, es un asesinato): tal precepto es en lo humano casi impracticable, pues aun suponiendo cierto ese respeto absoluto a lo mandado, que los neoyorquinos se atribuyen, sostengo que es una invitación al perjurio, mientras la Providencia divina no resuelva que los hombres nazcamos con los apéndices angélicos en los omóplatos.

En la vista de la causa a que nos referimos, el interrogatorio del fiscal es una continuada confesión con cargos: una serie de consideraciones a cada pregunta con dejos de ironía, molestos para la acusada, frases gruesas y amenazas encubiertas; a tal extremo impropias y de mal gusto que se da el caso—en el propio drama—de provocar el llanto en la procesada y la protesta airada y a grito herido en los testigos con merma del prestigio en el fiscal y del respeto y seriedad que al acto le es debido.

Para los papanatas, que admiran tan ligera como entusiásticamente todo lo americano, hemos de decir que en esta España tan censurada de atraso como de falta de democráticos sistemas, es precepto inexcusable en materia procesal, el respeto a procesados y testigos; no se obliga a jurar a los primeros, ni se atropella a los segundos asustándolos y privándoles de la serenidad para sus respuestas: aquí, si el procesado se niega a declarar sobre cualquier extremo, no se le obliga ni coacciona; si se fatiga, se suspende el interrogatorio y se guardan en fin a los delincuentes consideraciones haciendo perfectamente compatibles el odio al delito con la compasión para quien lo cometió.

Aquí, en esta nación tan autoritaria y antidemocrática, según sus ignorantes detractores, no se concibe y nos parece absurdo, que se puedan constituir Tribunales y designar acusadores entre los enemigos manifiestos de los que han de ser acusados o juzgados por ellos al punto de ser motivo de tacha o recusación, tal circunstancia, aun en lo civil; aquí es cosa corriente que un acusador o un fiscal, aduzca atenuantes, si las hay en la responsabilidad de un delincuente y se escandalizaría la conciencia colectiva, hasta la protesta airada, si se intentara por alguien denostar o insultar a un procesado que desfila entre gendarmes, al término de una sesión de juicio oral y hasta es posible que se llegara a la agresión personal contra quienes incurrieran en tan inhumanos y salvajes procedimientos.

Por desgracia, y para vergüenza de la tan decantada civilización occidental, tales actos se han cometido en países tenidos hasta ahora como modelos de exquisitez y corrección—recuérdense los procesos del Mariscal Petain y de Laval; y es oportuno el recuerdo, para que sepan los que *no quieren* saber, que esta sufrida y gloriosa España es modelo en sus organismos judiciales; y que los jueces y magistrados han levantado con su conducta y sus actuaciones, alcázar a la Justicia, sin torcerse ante halagadores estímulos de clase alguna, pese a haber estado hasta hace poco tiempo, no deficiente, sino miserablemente pagada.

En los Códigos nuestros, figuran los delitos de prevaricación



cohecho, etc. etc. y vivas en nuestras leyes de procedimiento y Or-gánica del Poder judicial las acciones a ejercitar por negligencia, inexcusable responsabilidad civil o criminal: previsiones explicables, pues como antes se indicaba, los hombres no somos perfectos y aun para las excepciones hay que legislar; pero en mi experiencia de cincuenta y un años de labor profesional, no he tenido ni un solo caso de reclamación contra funcionarios del poder judicial.

La magistratura española, es modelo en el mundo, de lealtad, honradez y limpieza espiritual: no diré que acierte siempre en sus resoluciones: de hombres es errar y por ello hay escalas en tal función, que subsanen los posibles yerros. Añadiré que tanto más fáciles de cometer en la época actual, después de convulsiones y trastornos, por la potísima razón de que la leyes son más numerosas, más casuísticas y a veces menos pensadas para acudir a nuevos modos y facetas de la vida que marcha más deprisa en todos los órdenes. Así se puede dar y se da el caso de que se incoen litigios solicitando resoluciones en un determinado sentido—sobre todo en materia laboral o arrendaticia y cuando el pleito llega a sentencia resulta prácticamente ineficaz, por haberse cambiado las normas aplicables al caso discutido.

En la mayor parte de los países europeos se vive, en cuanto al derecho, de modo distinto a como se vivía hace muy pocos años: si varía la vida, han de variar sus normas y cauces y así los códigos fundamentales se rezagan y se llenan de parches y recauchutados, al punto que hasta la reforma de leyes que no habrá de tardar, es buena costumbre de letrados, tener a mano el BOLETIN OFICIAL con preferencia a las Leyes Civiles, Penales, Contenciosas o de Hacienda.

Italia, nación que no se distingue ciertamente, en los momentos actuales, por su organización política ni social, tiene en cambio dadas pruebas—y muy recientes—, de su concepto de la Justicia, sea quien sea el que la solicite de los organismos encargados de administrarla y retribuirla.

Hace muy poco tiempo, se ha fallado ante los Tribunales italianos un pleito promovido por Claretta Petacci, sobre devolución de documentos y papeles privados de Mussolini; y como consecuencia se han devuelto a la demandante los que demostró que le pertenecían: llama la atención, esta conducta del Poder judicial, en contraste con aquellas cosas tan raras y repugnantes de que Italia fué teatro a raíz del asesinato del ex-Duce, entre las que figuran como más inciviles aquella jactancia y regodeo del asesino autoalabándose de haber realizado tan execrable crimen.

Prueba esta resolución de los Tribunales italianos que aun queda en aquella nación por tantos conceptos modelo en tiempos no muy remotos, algo que no se ha descompuesto ni gangrenado aún, a pesar de los indiscutibles avances que las teorías comunistas realizan en la hermosa península mediterránea.

Otro botón de muestra es el fallo de los Tribunales italianos, resolviendo controversia acerca del derecho del Rey Victor Manuel 3.º heredero al percibo del importe de una póliza de seguros concer-

tada con determinada Compañía y es también de notar como la administración de Justicia se supo sacudir gallardamente, el peso muerto que en Italia estorba para la ecuanimidad en el orden político y que indudablemente puede tener repercusiones en las esferas judiciales.

Quiere decir esto que España, ni Italia, ni país alguno, sea infalible en su administración de Justicia? De ninguna manera: ya se dijo en esta misma crónica, que ningún organismo humano se nutre de ángeles y se añade aquí, que por no serlo, se equivocan en sus fallos; y por ello hay en casi todas las zonas del mundo civilizado, dos instancias por lo menos y recursos extraordinarios. Pero la equivocación, patrimonio del género humano, se engendra en el entendimiento, que Dios reparte de modo desigual entre sus criaturas, al paso que el decoro profesional y la dignidad debida a la alta función que aquí se comenta, se produce en la voluntad y es mucho más importante en este caso la tercera potencia del alma que la segunda.

Es consolador advertir como se observan y acatan los postulados elementales y primarios, en los países latinos y europeos en general, a pesar de la tacha que les ponen otros, superadelantados y demócratas, que para retribuir el derecho atropellan al transgresor confundiendo la energía con la incorrección, como demuestra el caso de «El Proceso de Mary Dugan» que sirve de inspiración a mis divagaciones de hoy. Por ello—y respetos personales aparte—encontramos fuera de lugar ciertas opiniones emitidas con evidente ligereza y sin que nadie las pida, acerca de asuntos privativos y que pueden y deben resolverse sin previa consulta a extrañas pseudodemocracias. Si esas ligerezas se cometen por seres investidos de autoridad y por tanto sujetos a responsabilidades y medidas que los particulares no tenemos, el patinazo es doblemente lamentable, ya que no sólo es posible sino fatalmente inevitable la aparición en el cielo ya nuboso del gobernante, que en tal vicio verborraico incurra, de una rutilante y magnífica aurora boreal: pedimos a Dios, que tal fenómeno atmosférico, se produzca cuanto antes, en beneficio del país que todavía lo está padeciendo.

FRANCISCO BELMONTE

\*\*\*\*\*

Lea Ud.

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.  
De este modo contribuirá a difundir, dentro y fuera de nuestra región, las letras extremeñas.